

## PABLO NERUDA ESTA EN MI CASA

En la insidiosa guerra fría, siniestro invento de la reacción, en la guerra tibia de la provocación y en la sangrienta que desea el imperialismo, Pablo Neruda es mi huésped. ¿Dónde habría de estar entonces? ¿En la guarida de los que preparan la matanza? ¿En el cubil donde se esconden los enemigos del pueblo, confortable cubil donde se apagan las voces humanas para dar paso al estentóreo repiqueteo de las radios mentirosas y encanalladas? Pablo Neruda está en mi casa. Mira las flores que nadie ve y se esconde bajo las grandes hojas de los filodendros plagados de ventanas, por donde asoma un cielo con nubes y rocíos. Escucha misteriosamente, porque ése es su oficio, las lamentaciones de los insectos y el clamor del pueblo. Todas las mañanas, cuando yo levanto las persianas de mi estudio, Pablo Neruda se deja bañar por la luz salteña, esa luz que viene sorteando los troncos de los naranjos, repartiendo calor para los frutos y para las bellas ideas. Al mediodía podeis verle escojer la sombra más compacta y prestar oídos, aguzar su oído maravilloso, para descubrir la música de las piedras calcinadas por la luz cenital. Y, al atardecer, se oye su voz solemne y encendida. Declama su poema "Explico algunas cosas". Su palabra que fluye dramática: **VENID A VER LA SANGRE POR LAS CALLES.** La sangre de los niños asesinados en España. Y, decidme ahora: ¿Quién es el bárbaro que puede impedirme que tenga a Pablo Neruda en mi casa? Decidme, ¿quién es el esbirro que lo busca y para qué se le busca? Pablo Neruda está herido por la primera flecha de los salvajes. Y es una herida, atención amigos del poeta, una herida uruguaya. Sí, el primer dardo que recibió el poeta salió de aquí, de mi tierra para escarnio nuestro! Escuchad a la prensa italiana. En Roma se asegura que Neruda fué detenido porque la policía lo buscaba. ¿Es que la policía ahora se entrega a la tarea siniestra de husmear las huellas de los poetas y deja escapar a ladrones y criminales? Decidme, de una vez, ¿quién busca a Pablo Neruda y qué órdenes son estas que rompen la armonía de mis árboles y de mis ideas para cercarme con sabuesos tartamudos y pesquisas pintorescos? Decidme si hay un orden, un orden antipatriótico que altera la vida de los poetas y se entrega a la cacería de poemas para abonar la ignominia? En Roma, centenares de miles de lectores del "Giornale della Sera", leyeron un artículo firmado por un enano más, Mario Ferrari, en el que da la noticia sainetera: "Salto doveva essere il cervello dell'organizzazione, la Belgrado dell'America Latina". Imaginad a Ferrari. Os voy a ayudar. Es un hombre de escasa estatura, envuelto en nicotina del tabaco rubio. Fuma cigarrillos americanos. Bebe whisky. Escribe en una Underwood. Al terminar el artículo, su pobre mujer le oye decir: O. K. Y salen sus

cuartillas camino de la imprenta en un destartado Jeep. Y es mucha la gente que esa noche escoge de los anaqueles un libro de Neruda y empieza a leer un poema como el que reza una plegaria para aliviar al cautivo. Decidme, amigos, si este huésped de mi casa que conoceis estremecido por la belleza de la tierra, puede ser llamado CAPO ROJO DE CHILE. Decidme de una vez, quiénes van a venir a sacar a Pablo Neruda de mi casa. Decidme, ¿quién ha dado la orden de captura? Decidme si debemos estar alerta por la mañana cuando el sol baña los muros de mi casa. A mediodía cuando madura la chacra, fermentan las especies y el río brama con su carga de dorados. Decidme si vendrán a la caída de la tarde, cuando algunos obreros me piden la voz de Pablo para poder volver al trabajo con la esperanza en el corazón. Decidme, avisadme si será de noche, cuando las hojas vivas de sus libros se arquean como devoradas por las llamas de unos ojos de mujer, decidme a qué hora vendrán a buscar a Pablo a este rincón de mi patria donde el derecho de asilo, según las palabras del Embajador uruguayo en Río, no ha sido alterado. Decidme en qué instante de confusión y de histeria tendré que permitir el allanamiento de mi casa para descolgar de los muros los retratos de Neruda, de Lorca, de Guillén y arrojar sobre el tejado de mi patio colonial los discos donde están apresadas para siempre las voces de Unamuno, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Neruda y Guillén. Decidme si ha sonado la hora de nuestro desprestigio, el instante en que muere aquello que nos legaron los grandes hombres que viven a la sombra de Artigas. Decidme si va a deshojarse el gran árbol que domina en mi jardín porque bajo de un ejemplar hermano meditó el patriarca, allá en el doloroso Paraguay, en el ensangrentado Paraguay porque todos toleramos que esté sangriento! Decidme, amigos, si está por sonar la hora del luto para la bandera de mi patria.

Pablo Neruda está en mi casa. Que sueñen las radios obsecuentes; que el cable se prostituya una vez más; que vengan telegramas cifrados a perturbar la idea; que circulen los pesquisas a sueldo; que pululen las artimañas de los sospechosos; que se nuble el horizonte de mi suelo natal. Neruda está en mi casa. Entrad a buscarlo. Durante muchos días estuvo tan vivo y tan alera y tan presente que no había hoja del jardín que no lo nombrase. Ni flor que no tuviese su nombre. Ni pájaro que no cantase como él. Jamás estuvo tan cerca. ¿Prendiais alejarlo, espantarlo, perseguirlo con nuevos esbirros? Pues os resultó mala vuestra puntería. Bajo el árbol de Artigas, más alto en la noche, nos reunimos con Pablo Neruda, resueltos a disparar poemas, antes de que entre la noche turbia por el horizonte del Uruguay.